

Sumar, novela de Diamela Eltit. Santiago de Chile: Seix Barral, 2018

Por Eugenia Brito

Sumar de Diamela Eltit es la última novela que la autora presenta completando múltiples lecturas y formas con las que ha trabajado diseñando perspectivas y estéticas acerca de la catástrofe del mundo afectado y destruido por el Imperio y sus colonias neoliberales desde la violencia militar hasta la gelidez y el despotismo de las cúpulas de la postdictadura. Desde *Mano de Obra*, en el 2002.

A partir de esa fecha más o menos, Eltit desarrolla un proyecto de lectura del país y sus zonas de catástrofe por la instalación del mercado y la dictadura del neoliberalismo, que ha convertido prácticamente todo en comercio y explotación. El discurso de sus novelas contiene la crítica a esa política económica, a las políticas y biopolíticas que colaboran en la implantación neoliberal, al férreo control y dominación de un sistema que ha ampliado a distintas áreas la marginalidad, los *ghettos*, precipitando el deterioro no solo del Estado, sino también de todos los bienes, lo que lleva a horadar siques y cuerpos, imaginarios y estéticas en su afán letal de producir dinero y más dinero para sus familias y sus grupos de privilegio.

Consecuentemente con ello, si *Mano de Obra* explora la muerte del sujeto, su explosión psíquica y social en la desafiada comunidad de los trabajadores de un metafísico supermercado que condensa en su cifra arqueológica una ciudad del Tercer Mundo, *Jamás el Fuego Nunca*, abre el lugar del duelo no solo por la utopía socialista sino también por el presente neoliberal a la par que en la metáfora del niño muerto plantea el canibalismo y el asesinato dominante en las ruinas de la memoria del Chile poscolonial.

Si en *Impuesto a la Carne* la madre y la hija enfermas sintomatizan la radiografía de la maternidad contemporánea como el incesto de una nación infartada, esclerótica, en *Sumar*, la novela que hoy presentamos, la narradora se refiere al movimiento de grupos populares, constituidos centralmente por comerciantes ambulantes, seleccionados por precarios y audaces en su constante burla a la burguesía y a la fiscalización de sus productos por las fuerzas policiales. La realidad de la que nos habla Eltit está suspendida como cuerpo, es una suspensión entre el pasado y el presente, y es un cuerpo que se multiplica y expande desde la marcha viral de los cuatro personaje, Aurora y su tocaya, su doble, el Casimiro Barrios, Ángela Muñoz Arancibia, El Colombiano son una entidad multiplicada en los cuatro nonatos que pugnan por generar el signo de un texto cuerpo por hacer, un cuerpo constelado por un tiempo que no es lineal, sino espacial, escénico, histérico. Un jeroglífico. En el que los cuatro hijos aún por nacer, los cuatro nonatos son las piezas que ensamblan metafóricamente a los cuatro hemisferios cerebrales que plasman la escritura creativa del cuerpo de la novela, con el deseo de remover el cuerpo suspendido del imaginario

nacional. La imagen de “los cuatro nonatos”, los cuatro hemisferios cerebrales de una mente que está por nacer para configurar el inicio de una gesta por recuperar y reescribir los sentidos de un cuerpo latente, en su memoria, en su lucha y en su ética.

Deseo desbordante y memorioso para reconstituir una escena en donde haya sido o sea posible la nación diseminada.

Porque de eso se trata aquí, en esta novela. Por algo el libro transcribe la Carta de Santiago Villarroel Cepeda a la Junta Militar pidiendo sus restos para poder enterrar a la manera de un padre a esta hija asesinada por los militares durante el golpe. La Carta aparece en el libro de Leonidas Morales, *Cartas de Petición 1973-1989*. Cuarto Propio, 2002.

Esta cita del libro de Morales con la petición de devolver un cuerpo abre la novela a una puesta en abismo, abrir un libro en otro libro, pero en definitiva es el mismo libro de la historia de Chile, que se abre y se despliega con la muerte de otro, el indio, el mestizo, el humilde, quienes en el proyecto de D. Eltit, y específicamente, en *Sumar*, construye un transtiempos que abarca las primeras décadas del siglo XX, décadas del anarquismo y la protesta feminista, entre otras, el MEMCH. Y de la necesidad de dar cuerpo a ese otro, reprimido, necesitado, sufriente. Resume también tres grandes marchas, la marcha del hambre en Rusia (1923), las marchas de China y las marchas de los años 10 y 20 en Chile.

Por ello los cuerpos se mueven pero están agobiados. Por una lucha infructuosa e inmemorial. La tocaya de la narradora se afirma los riñones con las manos: “se me van a caer –dice– y después se ríe”, p. 11. Sobre ellas y sus afectados cuerpos, la nube de la información satelital, aparece:

“está radicada arriba o abajo entre los intersticios de un subterráneo o en la síntesis proteica de una comida espacial”.

Este espacio abarca tanto lo virtual de las redes electrónicas así como el campo de la inteligencia artificial, ubicándose en un cielo mental y eléctrico, un cielo constituido no solo por estrellas sino por “una flota de robots de última generación y el ocaso fílmico de un astronauta”, p. 11. Es un cielo transhistórico, provocado no solo por la atmósfera y los cuerpos celestes, el sistema planetario sino también por la mano humana, por drones y robots, por los sueños y ficciones intergalácticos.

Todos aspiran a constituir un cuerpo particular y colectivo, un amplio cuerpo alimentado por las energías, los flujos y demandas de una historia materializada por los cuatro nonatos que coleccionan estados de conciencia, que archivan el murmullo y el soma de las hablas, que transitan desde lo no verbal, desde la mudez y ataraxia de una lengua que no consigue enunciarse, porque no llega a gesto, habla de un teatro físico cruel a la manera de Artaud, es decir, instalado en los intersticios y fallas de etapas y transiciones históricas y metahistóricas. Umbrales todos. Porque anidan la audacia de un genotexto que transcribe a estos jeroglíficos en un acontecimiento que los

instale en el corazón de la economía, en su signo de transacción, su palpable y deseada carne: la moneda.

La moneda, cuerpo que faltó siempre en los anales de la historia, que disminuye de modo injusto y arbitrario hacia un lado, múltiple y desencadenante, monstruosa por lo vacío de su ser, amenazante en su hambre por existir: "una monedita tía, tiecita...", la moneda escasa y mal repartida, hacia la que viajan los signos de este mundo chileno. Con el signo del dinero, viaja la letra en toda la ciudad, representada por el nomadismo de los comerciantes ambulantes, los que conocen la des pertenencia, la precariedad, el incesante cambio de los bienes, el peligro de la modernización, la ceguera del poder.

Sumar es una novela poderosa que desde su parquedad configura un espacio transhistórico desde el que la autora interpela la sociedad contemporánea a partir de la reelaboración de signos, temas, preocupaciones que nacen en las primeras décadas del Chile del siglo XX. Construye de ese modo un texto que no solo alegoriza la precarización y el abuso de los asalariados del país, sino que rescata del olvido y del anonimato histórico a los líderes de la década del 20, como Aurora Rojas, Casimiro Barrios, Ángela Muñoz Arancibia, quienes fueron personajes ya olvidados de los movimientos sociales de la década de los 20, en Chile, con giros anárquicos, protestas feministas e insurrecciones sociales, que fueron anticipos de las grandes protestas sociales de la primera parte del siglo XX y de los años 60. Eltit los honra convirtiéndolos en líderes sociales dentro de esta su última novela.

En un afán de recuperar el sentimiento, el ánimo de otros tiempos, con preocupaciones que mantienen su vigencia hoy, en que el sujeto popular es prácticamente fagocitado por los grupos del poder, hoy en tiempos en que el sujeto popular no se visibiliza como tal, sino que participa como una huella que oculta su ser en supermercados, tiendas y *malls*, en los que reprimida su cara en los estereotipos de la delincuencia y el narcotráfico, de los barrios populares, hoy en que su cuerpo es apenas una cita más en tiempos en que cualquier tipo de petición o demanda por mejores condiciones de vida parece un gesto impropio. Una demasía en la que las fuerzas policiales tienden sus garras para aniquilarlas, haciéndolas desaparecer como se ve en su libro *Fuerzas Especiales*. Ejerciendo sobre esos sujetos y sus precarias subjetividades un control de los cuerpos, de sus viviendas, su sexualidad, reduciéndolos a solo una pulsión de sobrevivencia muy desmedrada cuando no a una pulsión de muerte, como respuesta a la violencia de sus modos de persecución, allanamiento y destrucción.

El texto parte con una marcha hacia la moneda, y en esa marcha el signo avanza no solo en sentido espacial, por el eje del desplazamiento, sino también el signo incluye mallas de significación que de manera paragramática accede a una constelación metafórica de cruces semánticos. Es una marcha de la periferia social de los marginales chilenos, en que junto con esos comerciantes marcha el lenguaje desordenando de sus anquilosadas estructuras y el orden del discurso. Cito:

"Camino buscando la moneda en un día desfavorable, una moneda para mis hijos que están adentro organizando

un frente público, alineados con sus bombos listos para iniciar una impecable y ruidosa batucada de protesta, mientras aguardan la hora crucial del nacimiento. Quieren marchar colgados de la memoria umbilical que nos invade y obliga”, p. 57.

La moneda no es solo el signo de intercambio económico cuyopreciado valor sirve de intercambio material y simbólico en la sociedad de mercado, la moneda es también la casa presidencial, donde está el Presidente de la nación, la moneda es esas cosas, pero también es un objetivo que sustenta la marcha de los ambulantes, un gremio nómada, cuya solidaridad sin paredes se mide en la coalición política.

El personaje que forma parte de esta narración es el sujeto popular, cerca de la marginalidad y dotado de una fuerza política que no cesa, una fuerza política que los hace emprender y continuar la marcha por una ciudad en la que la caminata es obstruida por rupturas, hoyos, grietas que insisten en horadar el camino, haciéndolo cada vez más dificultoso. Con ello se quiere dar a entender que el sistema represivo que domina a estos grupos sociales es manifiestamente agresivo con ellos, en todos los aspectos: alimentación, salud, desplazamiento, educación, vestuario, y por tanto, la narración observa los múltiples trastornos que sufren los manifestantes de esta protesta. La violencia que la exposición a la calle les acarrea, el deterioro de sus cuerpos

“La decisión de iniciar la marcha parecía (en la actualidad destructiva de los tiempos de la moneda) una acción recurrente, pero que iba a precipitar una realidad ambigua y hasta paradójica sobre nosotros, pues pese a disponer de los (custodiados) espacios en las calles, ahora solo contábamos con un sitio semejante a un túnel carcelario”, p. 1.

Procedentes de una antigua memoria, los hijos (los cuatro nonatos) se disponen a la explosión del nacimiento, después de haber recorrido la ciudad en los 370 días de una marcha que renueva el lenguaje dotándolo de la infinita pluralidad de sus menciones que funcionan como campo asociativo dispar que decora y espacializa el especial volumen de este texto:

“Nadie consideraría mi estado tan agudo como para internarme en el asilo de lunáticos que dirigió el psiquiatra inglés Henry Maudsley” (p. 51).

El fin de la novela es el fin de La Moneda, que cae envuelta en llamas, en un incendio que hace nacer a los cuatro nonatos en las *wifi* de este mundo eléctricos y electrónicos, arrebatados y frenéticos por el *mail* que se espera que diga: llegamos, vinimos, vencimos (*vini, vidi, vinci*) en la desmesura de la pérdida.